

EL ARCO

Núm. 402 Cartagena 4 de Julio 1924 Año XVI

Periódico Católico de propaganda

CON CENSURA ECLESIASTICA

Director: JOAQUIN MATEO

Costeado por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES 2,

Se reparte gratis

REFLEJOS

La moral y la moda

Somos unos decididos partidarios de la moral, y nos parecen muy bien cuantas medidas se adopten para depurar las costumbres, sanear el ambiente y encauzar la vida social hacia altos fines espirituales. Esta campaña de moralización emprendida ahora por las autoridades, nos agrada hasta el extremo de considerarnos comprometidos en ella. Por eso nos permitimos escribir estas líneas, a modo de contribución ciudadana a labor tan meritoria. Esperamos que se nos tenga en cuenta estas manifestaciones para deshacer el equívoco de que somos víctimas por parte de las gentes de orden empeñadas en señalarnos como elementos díscolos a la acción de la autoridad y poco identificados con sus determinaciones. Y si es posible premiar alguna vez este servicio que prestamos desinteresadamente a un postulado de higiene social, rogamos a quien corresponda que se nos tenga en cuenta nuestra vocación para los cargos públicos, aunque sean tan humildes como una alcaldía de barrio. Después de dar este paso, ya no tenemos inconveniente en exhortar con toda energía a los antiguos políticos, e incluso dedicar a ellos y a sus deudos los más duros calificativos.

Una de las disposiciones más acertadas, ha sido la orden de no dejar circular durante el día por ninguna de las calles céntricas, a las paripatéticas de toda laya, que reciben sin tarjetas en los arrabales de la ciudad. Realmente era ya intolerable lo que venía sucediendo.

Por un proceso de aclimatación en extremo curioso, las señoritas alegres iban ya adoptando un aire tan honesto que resultaba casi imposible reconocerlas en los paseos y en los cines. Al mismo tiempo, las muchachas forma-

les, inspiradas en los modelos de París, en novelas de Mata y en las páginas del «Vogue» se pintaban los labios y los ojos, escogían las telas más leves y detonantes, introducían en los vestidos la mayor cantidad de calados y gasas, para enseñar la epitelmis con toda dignidad, y adoptaban unas maneras tan originales, que llegaban a prestarse a las mayores confusiones. Esta mezcla de mujeres tan opuestas, daba lugar a errores terribles, como los que sufrió un amigo nuestro que en cierta ocasión ofreció una mortaja a una señorita casi millonaria, y otra vez hizo presente sus propósitos de matrimonio en ceremonias parabás, a una de esas damas de las que decía Cervantes que no podían faltar en toda república bien organizada. Las órdenes gubernativas han venido, pues, a restablecer el equilibrio necesario entre la vida normal y honorable de unas mujeres, y la viciosa e irregular de otras. Claro que hay espíritus meticulosos y anárquicos, que protestan airadamente de que se encasilla en machinales hechizos a las desgraciadas víctimas de la ignorancia y de la incultura, privándolas de aire, sol y el gris. Pero las que así se expresan son gentes extraviadas por doctrinas impuras, aunque todo se les vuelva a invocar al Cristo, porque una vez tuvo la bondad de perdonar a una pecadora, y en otra ocasión defendió a una adúltera de las iras del pueblo honorable.

También observamos con satisfacción que se persigue enconadamente a ciertos sujetos cuyo destino llega a poner en peligro el poder público. Esto individuo no tienen inconveniente en dirigir expresivas frases de entusiasmo a las tobilleras y en pretender enterarse, con todo género de detalles, de la clase de crespón que se utiliza ahora en la confección de prendas interiores. Es preciso acabar de una vez con

esos homenajes de modista, que dicen muy poco en favor de la seriedad masculina. Ya sabemos los argumentos que emplean estos indignos representantes de un sexo que llaman fuerte, siendo tan débil para las liviandades y flaquezas humanas. Dicen que no son ellos quienes atentan contra el pudor femenino, sino que son precisamente las mujeres las que los empujan a las mayores atrocidades. ¡Peregrina idea! Hay que oír a uno de estos torpes esclavos de sus pasiones, que a veces hasta son inteligentes:

—¡Pero si quienes debíamos quejarnos somos nosotros! Ante esas nuca afeitadas y esos brazos desnudos y esas muslinas que pueden compararse a las finas envolturas de las naranjas valencianas; esos botones y esos frunces que señalan las zonas más codiciadas de la belleza femenina; ante esos cíngulos y esos cinturones que marcan las líneas que debieran pasar desapercibidas en bien de la castidad, ¿no es para pensar que quienes empezamos por faltar al pudor son las propias mujeres, preocupadas, por lo visto, en hacer perder a los hombres esa honestidad donde está precisamente la defensa de la mujer honrada?

Pero no hay que hacer caso de esta gente. Sin argumentos que en buena lógica social no tienen eficacia alguna. Los eternos disconformes llegarán a pedir una inspección en el vestuario femenino, una especie de control para los «foulards», los organdís y las batistas. Y esto no sería galante. Lo galante es dejarlas vestirse a su capricho, y que cada hombre sea un paduano inmovible, que resista las tentaciones es oicamente.

¿LADRONES?

—¡Guardia! Hágase cargo de este granujé; se lo entrego en frágil delicto, con el pañuelo que

robó de escarvas del bolsillo, con su mano; ¡turo con él! ¡Hasta que desaparecen esta casta!

Quien así se expresaba era un correcto caballero, lleno de indignación, ante la fechoría de un desarrapado golfillo que acababa de sustraerle un pañuelo.

El guardia se llevó al chico a la prevención, escuchándole háperamente, mientras el indignado caballero se alejaba increpando aún y murmurando contra los aficionados a los bienes ajenos.

Así llegó al casino, donde hizo partícipes de su indignación a algunos buenos amigos tan correctos como él, y como él compenetrados de que la propiedad privada no está lo protegida que debería.

Poco después, nuestro conocido se separaba del grupo para unirse a un joven que, recién llegado, parecía esperarle.

—¿Decidido?, le dijo nuestro caballero, después de saludarle.

—La fineza vale diez mil duros, a mi padre le llegaron a ofrecer ocho mil de primera intención... ¡No puede ser!

—¡Que le vamos a hacer! Perdón y dispensa.

—¿Dó siquiera cinco mil!

—¡No puede ser; no puedo pasar de diez mil pesetas!

¡Por diez mil duros de valor!

No es tiempo de discutir; vea el favor que le hago; le avito el embargo que mañana le hacen; los gastos consiguientes, el escándalo, los disgustos.

Y tras de la rova resistencia, el joven vicioso desgraciado, cedió al fin ante lo desesperado de su situación y sobre la mesa de mármol firmó el fatal documento de su despojo.

Y nuestro correcto caballero, reemplazó con él su bolsillo, al pañuelo robado poco antes por el golfillo.

Y correcto, impecable, descendió a la calle y al pasar junto al guardia no olvidó de preguntarle con un gesto de indignación:

—¿Qué pasó a la sombra ahí? Los delitos contra lo ajeno no deben de tener perdón.

Y el guardia, aunque ante tan grave y campanudo personaje, se inclinó respetuosamente, asintiendo de humilde ante tan recto e imponente aparición.

Y allá en lo altos julecos de la Providencia, que se hace excepción de personas, comparecerá un día el desarrapado golfillo que robó un pañuelo, tal vez para alimentar a su madre, y el correcto caballero que robó una hacienda, tal vez para alimentar un vicio.

Antonio Monserré